

**Víctor KRAVCHENKO, *Yo escogí la libertad. Una apasionante biografía, escrita desde el corazón del horror del siglo XX.* Prólogo de Horacio Vázquez-Rial. Madrid, Ciudadela, 2008, 491p.**

Se trata de la biografía novelada de un alto funcionario soviético que desertó en abril de 1944 con el valiente y encendido deseo de denunciar al mundo la tiranía y la falsedad del régimen totalitario que había impuesto Stalin sobre el pueblo ruso. Víctor Kravchenko había sido oficial del ejército rojo y director de un consorcio de grandes instalaciones industriales por lo que había conseguido la confianza y grandes favores del partido, debido a lo cual le habían destacado en la representación soviética de Washington. Su desertión (que fue hecha pública en el *New York Times*), provocaría una reacción confusa en un momento en que Roosevelt mantenía buenas relaciones con el aliado Stalin: la lucha contra el nazismo, comenta Vázquez-Rial, produjo “extraños compañeros de cama” e incluso hacía pensar a los progresistas bienintencionados “en una deriva de América hacia el socialismo”.

Esta biografía se publicó originalmente en inglés y muy pronto se tradujo al castellano. En realidad la editorial Ciudadela rescata del olvido una edición que realizó en los años cincuenta la editorial Nos, dirigida por el otrora muy conocido e ignorado hoy, Mauricio Carlavilla. Tan ignorado que la editorial no logró encontrar al propietario de los derechos de autor y debió hacer un ejercicio de derechos reservados y es que Kravchenko moriría años después en una habitación de hotel en circunstancias no aclaradas que parecen indicar un asesinato político perpetrado por las filas de la inteligencia comunista.

El olvido no ha hecho mella en la fuerza denunciatoria y mucho menos en la meridiana claridad expositiva de este libro excepcional, que permite entender “desde dentro” el proceso que llevó a la revolución bolchevique y, pocos años después, a la instauración de un régimen diabólico en el que todos podían resultar sospechosos. La lealtad al partido y la fidelidad a los principios comunistas estaba por encima del amor filial o de la fidelidad conyugal. Si alguien visitaba a un pariente sospechoso de trostkista o de comunista demasiado blando o peor de humanitario liberal y podrido (si daba muestras de guardar cualquier bien considerado “capitalista”) era llevado de inmediato a los campos de concentración o *kulags* en Siberia. Cualquier trabajador que llegaba tarde o que no mostraba una obediencia ciega a sus superiores era llevado a morir en los durísimos trabajos forzados al norte de Rusia. De hecho Kravchenko se lo dedica “al pueblo de Rusia, del cual formo parte”, y de manera muy especial:

a la memoria de los millones de inocentes que han muerto en la lucha contra el absolutismo soviético; a los millones de inocentes que langui-

decen en las innumerables prisiones y campos de concentración del Kremlin; a la memoria de millones de compatriotas míos que murieron en defensa de nuestra querida patria soñando con un futuro mejor para nuestro pueblo.(490)

Esas palabras, escritas el 11 de febrero de 1946, terminan con una consideración que ahora apela a nuestra generación, pues ofrece su apoyo a “la lucha por una Rusia libre, democrática, sin la cual no podrá haber paz duradera en la Tierra” (491). Sin duda quería llamar la atención sobre los cándidos norteamericanos de la posguerra respecto a que el fin del nazismo no iba a traer el fin de los conflictos sino su continuación con una dictadura mucho más fría y duradera, y no menos dura, violenta e implacable. Seguramente no sospechaba que el régimen soviético perduraría aún por largas décadas pero ya anunciaba las guerras y conflictos que estallarían, por la insaciable voracidad del comunismo, en lugares entonces todavía inimaginables: Corea, Vietnam, Cuba...

El relato comienza con las circunstancias en que el autor contacta con los periodistas del *New York Times* y se acoge a la protección de las autoridades norteamericanas para iniciar inmediatamente la narración de toda su trayectoria, comenzando por el entorno familiar en que nació, marcado por un padre sindicalista y revolucionario, que sufrió en prisión la represión zarista a la revolución de 1905. Siguen unos años de relativo bienestar, los últimos del régimen zarista, que parecía no poder hacer frente a la cada vez más agresiva oposición de los grupos revolucionarios.

La revolución estalla cuando el autor comienza recién sus estudios superiores en Kharkov, pero ya pertenecía, desde 1929, al partido comunista. Luego vendrá el horror de la represión y la guerra civil en Ucrania, el hambre y la desesperación de los campesinos que el gobierno comunista llevó a la muerte para reprimir un nacionalismo rebelde, y las primeras purgas de Stalin. Todos debían buscar a los enemigos del pueblo, especialmente a aquellos que se escondían bajo el carné del partido. Ya ingeniero en Nikopol, es testigo de las duras condiciones impuestas a los trabajadores, mucho peores que en los tiempos del zar, pero todo parecía justificarse por un fin supremo: “éramos la generación señalada por la historia para sacrificarnos y sufrir” (207).

Entonces sobrevino la “superpurga” en que la vida de todos dependía “de la cantidad y extravagancia” de los adjetivos con que calificaban a Stalin “el genio, el sol de nuestra patria socialista, el jefe sabio e infatigable”. Así la revolución que había declarado la muerte de Dios había dado origen a un nuevo Dios y señor absoluto, que era inmensamente bueno pero sobre todo inconmensurablemente implacable. Para demostrar tener “conciencia de clase” había que sostener una “vigilancia extrema”. Todos podían ser “desviacionistas”, “espías extranjeros” o “saboteadores”.

La caída de cualquier jefe o funcionario significaba que todos sus empleados y compinches debían ser purgados. Después de la detención de Brodsky, los «cuervos negros», los coches cerrados de la NKVD se llevaron a sus ayudantes, a sus amigos, a los hombres y mujeres que había colocado en cualquier empresa o fábrica de Nikopol. El comandante de la guarnición de Nicopol cayó dentro del morral de los cazadores; después el fiscal local y todo su estado mayor legal; finalmente, el propio presidente del soviét de Nikopol. El banco local, el periódico, todas las instituciones mercantiles, quedaron «limpios». (...) En susurros, la gente hablaba de la detención del presidente del soviét local, la autoridad civil más alta de la ciudad. Era un exminero, con un excelente historial en la guerra civil. Le arrestaron en la mitad de su sueño y su mujer y los niños lloraron tan fuerte que despertaron a los vecinos.(226)

Por supuesto todos los detenidos eran liquidados sistemáticamente. El mundo exterior no comprendía que detrás de una fachada formal en que Stalin parecía hacer solo unos cambios en el equipo de gobierno, en realidad había hecho desaparecer a más de diez millones de personas. El propio Kravchenko se vio obligado a responder en más de uno de esos ridículos interrogatorios en que el jefe de la NKVD local trataba de que lo denunciaran por sabotaje o por cualquier cosa para arrastrar detrás a todos sin pruebas, sin documentos... El inocente debía conseguir testimonios a favor de su inocencia o estaba perdido. Y por todas partes podía haber informadores ocultos del partido listos para denunciar a los demás miembros del partido, cuya jerarquía se establecía, en buena cuenta, por la antigüedad y la “hoja de servicios” acumulada.

También hay escenas demasiado elocuentes del modo como las mentiras y la tergiversación de la historia se convertían en propaganda política comunista para afianzar esa obediencia ciega confundida con “conciencia de clase”. En fin, es un panorama desolador y ciertamente acongojante de la pesadilla en que se convirtió Rusia y no porque los obreros sufrieran de una opresión particular en el régimen de Kerensky, sino porque el politburó comunista instauró el poder absoluto a partir del terror absoluto.

Los veintiocho capítulos del libro tienen títulos elocuentes referidos al proceso histórico unos o a la evolución personal otros: la ruptura con el pasado, el triunfo de la máquina, la primera purga, más deprisa, más deprisa, tortura después de medianoche, mentira siberiana las dos verdades, fugitivo de la injusticia, etc.

El relato está animado por algunos diálogos de un realismo demoledora, como cuando se transcribe el interrogatorio a la camarada Granik acusada de visitar a su esposo en la cárcel (solo por haber sido

expulsado del partido), en que finalmente le acusan por no haberse divorciado de él y “ayudar a un hombre que es enemigo del Partido” (159).

En definitiva, una historia personal del comunismo que permite entender cómo el totalitarismo ideológico se convierte en una tiranía al servicio de los intereses de una minoría poderosa a partir de la instrumentalización y el dominio de toda la sociedad por medio del terror y la delación. Que finalmente solo busca su propio beneficio, tal como ocurría en aquellos talleres en los que “la gente alta del Partido” (423) mandaba hacerse elegantes sillones en lugar de suministros de guerra. Así el equipamiento de los soldados soviéticos era inútil o irrisorio mientras que los altos oficiales volvían a vestirse charreteras, muy similares a las odiadas en tiempos “como símbolo del militarismo zarista” (425).

Finalmente, y sin el propósito de dibujar un retrato psicológico del dictador, Kravchenko hace un perfil muy atinado de la figura de Stalin, en el fondo “un hombre solitario” que ordenaba exterminar a sus mejores amigos junto a tantos miles de inocentes, dado que la desconfianza de Stalin por cuantos le rodean se volvió patológica, hasta el punto de que cualquier palabra, cualquier gesto de benevolencia, cualquier sentimiento religioso, y sobre todo cualquier libro sospechoso de ser “enemigo del pueblo” (la lista negra literaria iba engrosando día tras día) podrían originarle a uno verdaderos problemas (435). Y con ello toda la familia cae en desgracia y también los amigos y conocidos se convierten en personas perseguidas por la implacable policía política.

El epílogo recoge una idea que sigue teniendo plena actualidad. Las raíces del nazismo y del comunismo son idénticas y los resultados de ambas pesadillas igualmente terribles, pero “algunas de las mismas personas que condenaron a los conspiradores hitlerianos no quieren condenar a los conspiradores soviéticos contra las libertades del pueblo ruso” (484). Si este alegato final perseguía la tarea de levantar la conciencia del mundo contra los horrores rusos, habría que preguntarse por qué todavía hoy el genocidio comunista no ha recibido la misma condena de la historia, y por qué todavía muchos regímenes argumentan igualmente la defensa del pueblo y los derechos inalienables para imponer una ideología como religión hasta el punto de someter a sus poblaciones a la mayor iniquidad en contra de sus derechos y libertades, con el pérfido instrumento de la coacción ideológica y de la perversión de los discursos mediante la manipulación eufemística de las palabras y del “pomposo lenguaje oficial”.

Carlos Arrizabalaga